

Conversaciones con mi Apellido: González en Fombellida

Vidal Nieto Calzada



El tuyo, González, era el segundo apellido de mi abuelo Abel. Lo recibió de su madre **Josefa González Cortés**.

Sabemos de Josefa porque fue la mujer de mi bisabuelo Vidal Nieto Parra. Tras las huellas de mi apellido Nieto en Hérmedes, me encontré con ella. Conversando y descubriendo a Vidal se me descubrió Josefa.

Había nacido en Hérmedes de Cerrato el 22 de enero de 1874, a las siete de la tarde. Cuatro días más tarde la bautizó Mario Paredes, cura encargado de la vieja iglesia, hoy desaparecida, de S. Juan Bautista. Fueron sus padrinos dos hermanos de Roa de Duero, Gregoria y Vicente Benito, que eran vecinos de Hérmedes, y debían tener alguna relación con sus padres. Se casó con Vidal a los diecinueve años, el 11 de febrero de 1893, y después de tener ocho hijos murió a los 70 años, de un carcinoma gástrico, a las ocho de la tarde del 12 de septiembre de 1944. El día 13 se la dio sepultura, con entierro de cuarta clase, en el cementerio parroquial.

Sus padres, y aquí arranca esta historia, eran del cercano pueblo de Fombellida de Esgueva, provincia de Valladolid, pegando con el pueblo de Torre de Esgueva, antaño llamado Torre Fombellida, a donde fui a encontrarme con ese hijo y padre de pastores que fue mi bisabuelo Cipriano Antón Carrión.

Se llamaban **Ángel González Escudero** y **Venancia Cortés Asensio**.

He estado varias veces en Fombellida, un pueblo de unos 200 habitantes, a 800 metros de altitud, para conocer el lugar de donde procedían estos tatarabuelos míos.

A 48 kilómetros de Valladolid, a uno de Torre y cinco de Canillas de Esgueva, junto a la carretera de Tórtoles, en la margen derecha del río que les da nombre en su silencioso discurrir por el valle al encuentro del Pisuerga, trepa afanoso por la calle las Eras hacia la ladera del monte que le da abrigo y cobijo. A mitad de camino entre la carretera y los cotarros de la calle Alta, donde se abren las bodegas, y empieza la repoblación del monte con pinos, está la mole de su iglesia de San Antolín, en la calle El

Barco. Justo al lado, en la Plaza Mayor, está el Ayuntamiento remozado, que también está abierto, porque la tarde de los miércoles viene el Secretario, que muy atentamente me permite mirar los libros de registros. No encuentro nada porque empiezan en 1871, y en ese año mis González Cortés ya habían emigrado del pueblo.

Es una tarde lluviosa y está abierta la puerta de la iglesia, porque D. Adán, el cura polaco que atiende a cuatro pueblos vecinos, viene a celebrar misa, y la señora que la abre me invita a pasar a visitarla.

Es gótica, de piedra dorada en el exterior, de una sola nave cubierta por bóvedas de crucería estrellada, y un arco de medio punto. Con varios altares y retablos, alguno delicadamente recuperado por un programa de restauración de retablos de la Diputación que también mejoró otro de la parroquial de San Torcuato, en Esguevillas.

A sus pies tiene una torre de tres cuerpos, el tercero incompleto, rematado por un castillete donde están las campanas, y una torrecilla que le confiere aspecto defensivo. En la fachada principal, apenas distingo con sorpresa una lápida incrustada en la que incrustado se lee:

**"YGLERIA ACABADA 1550. RENOVASE AÑO 1756, SIENDO CURA
LORENZO GONZÁLEZ".**

Detras de la iglesia hay una curiosa plaza sin salida llamada de las Damas, y una calle llamada de la Amargura, otra de las Eras, y otra más de la Fuente de la que apenas mana un hilillo, a diferencia de aquella antigua generosa, que dicen que fue la que dió nombre al pueblo, (Fuembellida), situada arriba, donde el monte que se cae del páramo deja de ser ladera y empieza a hacerse pueblo, allí donde se excavaron las bodegas en las que las peñas tienen sus animadas meriendas por la fiesta de septiembre en honor de San Antolín, y por Pentecostés, cuando se celebra la romería a la ermita del Cristo del Amparo.

Aquí, en este pequeño pueblo de sonoro nombre, nació Ángel el primero de octubre de 1840. Le bautizó Francisco Ortigüela, Beneficiado de Preste el día 4 en la iglesia parroquial, al encontrarse indispuerto el cura teniente D. Serafín García.

Venancia, sin embargo, que nació el 1 de abril de 1844 fue bautizada en casa, y no en la iglesia, el día 7 por el mismo Francisco Ortigüela, "*por estar enferma*".

Ángel era hijo de **Pedro González Duque**, -que curiosamente había nacido en el pueblo de Piñel de Arriba, en la comarca de Peñafiel, entre el Duero y el Esgueva por cuyo término fluye el arroyo Jaramiel, el 30 de abril de 1817-, si bien sus padres, *Manuel González Mérida* e *Isabel Duque del Tío*, los abuelos paternos de Ángel, eran también de Fombellida, donde les había casado Martín Rojo, preste y cura teniente de San Antolín el día 3 de marzo de 1810, lo que nos lleva a pensar que por algún motivo de trabajo después de casarse estuvieron viviendo en Piñel algún tiempo. También casi todos sus bisabuelos eran naturales de Fombellida.

Su madre, que se llamaba **Mariana Escudero Catalina**, había nacido en el cercano Castroverde de Cerrato el 17 de abril de 1812, y fue bautizada en la iglesia parroquial de la Asunción el día 21, aunque sus padres, los abuelos maternos de Ángel, *Tomás Escudero Tarabilla* y *Gabina Catalina Martín*, eran nacidos en Fombellida y en Castrillo de Duero respectivamente, llamado también Castrillo de

Peñañiel, cuna del ilustre guerrillero Juan Martín Díez, el "Empecinado", que nació en 1775, cuatro años antes que la abuela Gabina.

Sin ser naturales de allí, aunque sin duda fueran vecinos, Tomás y Gabina se casaron en Castroverde de Cerrato el 9 de abril de 1806, dos años antes de que empezara aquella guerra. Ella era viuda de un matrimonio habido en 1800 y llevaba un hijo de tres años de aquél.

Allí en Castroverde vivieron, nacieron sus nueve nuevos hijos, -Mariana fue la cuarta-, y murieron los dos, él con 55 años, y ella a los 49, disponiendo que la enterrasen con el hábito del Carmen.

Pedro y Mariana se casaron en Fombellida, en la iglesia de San Antolín, ante el cura teniente D. Serafín García, el 11 de enero de 1838. Él era un joven mozo de veinte años, y ella tenía veinticinco. Entre ese año y 1852 les nacieron sus siete hijos. Nuestro Ángel fue el segundo.

Venancia por su parte era hija de **Bruno Cortés Arranz**, nacido en Fombellida el 7 de octubre de 1804, y de **Josefa Asensio Renedo**, natural de Torre de Esgueva, donde había nacido en noviembre de 1808.

Bruno era viudo de un anterior matrimonio, celebrado en Fombellida en 1825, cuando el 6 de febrero de 1830 en la iglesia de S. Martín de Torre de Esgueva se casó con Josefa. Sus padres, los abuelos de Venancia, *Martín Cortés Asensio e Hipólita Arranz Hernando*, eran también nacidos en Fombellida. Les había casado el 30 de julio de 1794 Andrés Montero, cura teniente de San Antolín.

Los padres de Josefa, *Nicolás Asensio Calvo y María Teresa Renedo Esteban*, eran como ella naturales de Torre de Esgueva. Nicolás había nacido el 6 de diciembre de 1781, y María Teresa el 16 de noviembre de 1788. Se casaron el 2 de diciembre de 1807 en la iglesia de San Martín de Torre, donde entre 1808 y 1812 tuvieron tres hijos, la mayor fue Josefa.

María Teresa murió joven, antes de 1816, con menos de veintiocho años, pues el día de San Blas de ese año Nicolás volvió a celebrar nuevo matrimonio, del que habrían de nacer otros cinco hijos.

No había cumplido aún Venancia los diecinueve años cuando el 24 de enero de 1863 se casó con Ángel, que tenía veintidós, en la iglesia de Fombellida, ante Venancio Félix González, cura propio de la parroquia. Vivía entonces Bruno, su padre, pero ya no su madre Josefa.

Al poco de casarse debieron marchar del pueblo, para establecerse en Hérmedes, porque allí, antes de acabar el año de 1863, les nacieron ya los dos primeros hijos: Máximo y Ramona, mellizos. Ramona tuvo que morir niña porque no ha dejado huella, ni he podido encontrar más recuerdo suyo que su partida de bautismo con su hermano.

Después fueron viniendo, casi cada dos años, Hermógenes 1865, Salvador 1866, Nicolás 1868, Vicente 1870, otro Vicente en 1871, Josefa 1874, y en 1876 Adolfo, el más pequeño.

Ángel González, quien trajo tu apellido a Hérmedes de Cerrato con apenas veintitrés años, era por entonces un joven herrero. Quizá recibió el legado de su oficio de su padre Pedro.

No sé si vino como obrero a alguna fragua que ya hubiera en el pueblo, o llegó para establecerse como tal montando allí la suya propia. Me inclino más por esto último.

Fue sin duda un buen maestro, porque el caso es que sus seis hijos trabajaron con él, y con su padre aprendieron el oficio y se hicieron también como él herreros, y cuando no hubo trabajo para todos, se independizaron y montaron sus fraguas en lugares y pueblos del entorno como Villaviudas o Villaconancio. O no tan cercanos, porque mi abuelo Abel se marchó jovencito a Bilbao, quizá a Santurce, donde su tío Salvador González Cortés tenía una fragua.

Le llamaban "Chispa", y este apodo es todo un compendio de lo que sería su trabajo: Avivando el fuego con el fuelle en la hoguera del hogar, donde se rendía el hierro, dúctil, incandescente, blando y obediente, al que luego a martillazos, tras sacarlo con las tenazas, daría la forma necesaria, sobre el pulido yunque, para hacer de él el objeto deseado.

El marido de "la tía Anuncia", una hija de Máximo, nieta de Ángel y prima de mi abuelo Abel, a quien quería de modo especial, tenía una fragua en Cevico de la Torre, mi pueblo. Esa fragua, a la que me acercaba a veces de niño, con mi padre o mi abuelo, es un recuerdo vivo de mi infancia. Me dejó una huella indeleble, cálida, mágica, ruidosa, por los continuos golpes del martillo sobre el invencible yunque. Roja incandescente por el hierro casi blanco al salir de las brasas, y oscura casi negra por la semejanza con una cueva, y el tizne en la cara de sus hijos, los jóvenes herreros Máximo y Victoriano.

Una muestra de aquel hechizo infantil es un escrito recuperado que sobre ella que escribí a los diecisiete años:

Íbamos los chiquillos en las tardes calurosas a jugar junto a la fragua, forjando sueños infantiles, y aventuras, como si hombres ya fuéramos, mientras asomábamos nuestra curiosidad a la puerta para admirar embobados unas pinturas dibujadas en la pared de la chimenea donde ardían las brasas, dándole encanto, belleza y luz.

¡Qué misterio el de la fragua perdida en la negrura inmensa de su triste rincón! Brillante y sonora por el día, se mece en la soledad, agonizante, vacía, y muda en las tinieblas de la noche!

Alegre siempre el herrero, incansable todo el día, canta en su fragua, mientras otro canto recio, metálico y frío le acompaña y le envuelve en su brillante sonoridad de fuego y hierro apagando su canción. Cantarín encanto el tuyo fragua. Un aire pesado y gris lo envuelve todo, y embarga el alma del niño de misterioso encanto cuando la visita. ¡Qué calor y qué fuerza ante la que se rinde el orgullo recio del más fiero metal!

En aquellas visitas mi abuelo nunca me dijo que él tuvo un abuelo que también fue herrero. No me contó que cuando él era niño su abuelo Ángel tenía una fragua, y que su madre le llevaba a verla, y luego, cuando fue un poco más grande, a él le gustaba

ir a ver trabajar en ella a su abuelo y quedarse admirado y absorto viéndole modelar el hierro. Quizá por eso un día él quiso aprender el oficio antiguo de su abuelo, y decidió salir de Hérmedes para buscar horizontes nuevos, más lejos, y buscar a aquel tío herrero que tenía su fragua junto al mar. Aunque al final, mi abuelo volvería a su pueblo, para casarse con una muchacha de un pueblo de al lado, y no fue herrero como su abuelo, ni albañil, ni sacristán, ni pregonero como su padre, sino un eficiente y renombrado molinero.

No, yo nunca lo supe. Nunca imaginé que por las venas de mi abuelo corría sangre de herrero. Pero quizá ya entiendo mejor ahora porque le gustaba la fragua de mi pueblo, y pasar por ella, y echar una parlada con los jóvenes herreros hijos de su prima Anuncia, esa mujer tan dulce, guapa, cariñosa y buena a la que tanto quería, y tanto nos quería.

Como a mí en mi infancia se me quedó prendido el fascinante misterio de la fragua sin saber porqué, él conocía muy bien dónde estaban sus raíces, donde buscar sus orígenes, cómo encontrar sus primeros recuerdos de niño en su pueblo, pues al cerrar los ojos los visualizaba en aquella fragua donde trabajaba su abuelo Ángel con sus tíos, haciendo arados, y herramientas y aperos para la labranza y los huertos, sobre el frío yunque, al calor del fuego ardiente de aquella vieja chimenea, siempre viva y avivada por el fuelle, que como gigante acordeón era movido a los rítmicos impulsos de un pedal.

En Hérmedes fue pasando el tiempo, y al bueno del tío Ángel se le fueron apagando las fuerzas, y agostando la energía. Los hijos se fueron marchando y estableciendo fragua por su cuenta, aunque el segundo, Hermógenes, continuó con la del padre en el pueblo.

El 20 de febrero de 1916, cincuenta y tres años después de la llegada del joven herrero a su nuevo pueblo, anciano ya y atacado de bronquitis y bronconeumonía, se dice en el acta de defunción, efecto sin duda de los humos de su fragua, después de recibir los sacramentos, se le apagó la vida y entregó su vitalidad.

El cura D. Eleuterio García, le hizo un funeral de tercera clase, con misa de cuerpo presente, y presidió su entierro el día 21. No testó, pero dejó dicho que se le hiciera "el cabo de año de la misma clase que el funeral". Tenía 75 años cuando se durmió en paz.

Su viuda, Venancia, la abuela de mi abuelo, vivió hasta la avanzada edad de ochenta años, a pesar que de niña fue bautizada en casa y no en la iglesia porque estaba enferma. De "senectud", dice el acta de defunción, que murió el 26 de julio de 1924 a las diez de la mañana. El párroco D. Manuel Estébanez Martínez "le dio los sacramentos de penitencia, viático, y extremaunción, y la Bendición Apostólica".

Por disposición de sus hijos se le hizo entierro sencillo, según costumbre de la parroquia, dándole tierra en el cementerio de la localidad.

Así acabó, aquí en Hérmedes, la historia de estos abuelos de mi abuelo Abel, que jóvenes y recién casados, en 1863 buscaron horizontes nuevos desde su Fombellida natal vallisoletana, al acogedor Hérmedes palentino. Con un carro y sus pertenencias subirían desde Canillas y el Esgueva al inmenso páramo, -pedregoso y poblado de carrascas, algún roble, majanos, y encinas dispersas-, para descender luego al valle del arroyo Maderazo, sobre cuya falda se asienta y agarra el caserío. Apenas

catorce kilómetros para escribir su nueva historia, sin mirar atrás como Lot, para hacer menos dura la partida.

Aquí trajeron sus hijos al mundo, de los que sobrevivieron seis varones y una mujer, mi bisabuela, que mantendrían vivo su espíritu, sus valores y su estirpe, repartiéndose por pueblos y ciudades donde hoy viven sus descendientes, los nietos y bisnietos de sus innumerables nietos.

Sean estas amorosas y emocionadas líneas un modesto homenaje a su memoria, y a la de sus mayores, para que su recuerdo no desaparezca del todo en el olvido.

Calera y Chozas, Miércoles de Ceniza de 2013.